

Ha tenido y tiene fervor; un poco atenuado, es cierto, por el choque ante una realidad que no es la imaginada. En la última página del libro, después de asistir a la agonía de un discípulo, encuentra en el pizarrón un dibujo que lo representa. Y abajo, esta inscripción: "el Padre Ferré se las tira de santo". Anteriormente, su madre le había dicho: "A tu edad hay que hacerse sacerdote o comunista". Es decir, alistarse en un bando que ofrezca una redención total, aun a costa de lucha, de martirio.

La sinceridad de Viñas es transparente, pero no siempre se corresponde con su profundidad. La novela está narrada en primera persona y esa técnica, que se presta particularmente para la exploración psicológica, está sin embargo puesta al servicio de una anécdota desenvuelta con fría objetividad. De tal modo, el lector sólo se aproxima a la crisis de Carlos Ferré a través de sus diálogos, único instante en que él baja la guardia y muestra algo de su intimidad. Sus palabras (la conversación con el padre ateo, por ejemplo), huelen a polémica, a juego dialéctico. No traducen una crisis interior, sino el deseo un poco deportivo de convencerse y convencer, de ganar de mano a los escépticos.

Parece, en suma, que Viñas, dotado como todo hombre consciente de una dimensión religiosa, no la hubiera vivido lo bastante en sí como para proyectarla en su personaje. Parece un vino servido sin fermentar. Ferré es polémico, quizá en demasía para que vivamos su crisis. Sus palabras son acertadas y sus planteos convincentes; su vida, como héroe novelesco, no lo es. Queda a Viñas el mérito de haber retomado, después de Gálvez, la condición sacerdotal (o de quien pronto lo será), para llevarla al libro.

H. A. MURENA

Dijo Murena, en "El pecado original de América", que "Cristo ha dado, en los combates históricos, que su figura y su doctrina han afrontado, tantas pruebas de sobrehumanidad, ha inducido a sospechar que en realidad sea El Hijo de Dios, que acaso así lo sea". Y el apartamiento que hacia El manifiesta la conciencia americana (a la que llama trans-objetiva", porque para ella ha perdido materialidad objetiva y ha adquirido un mayor grado de abstracción), no sea sino una búsqueda para descubrir la nueva visión de Cristo y el fortalecimiento de su doctrina, es decir, un regreso similar al del príncipe, con el corazón ensanchado y purificado.

Tres novelas integran un todo cuyo sentido no es fácil resumir. En "La fatalidad de los cuerpos" se advierte, a través de la historia simple del solitario también simple, mendigo de un poco de afecto, ligado a seres que lo engañan, pero sin calor y presencia, una ley ineludible: la de la muerte. Esa ley malogra planes minúsculos, estropea la oscura felicidad intensamente buscada

con una voluntad de sobrevivir que recuerda a los pescados fuera del agua. Todos por igual, inocentes y condenados. Dice: "¿No son acaso los más inocentes los menos felices?" Pero nadie puede serlo con plenitud, por aquella idea común del contrapeso entre felicidad y dolor: "La felicidad de los humanos siempre se nutre del cadáver de otro humano".

Quien era personaje secundario en el primer libro, se convierte en protagonista del segundo. Sabemos, por fin, la historia de Elsa.

Es una mujer joven, con su mitad clara y a la vista, y esa otra mitad inconfesable que, como diría Carmen Gándara, se sustituye a su voluntad. Ha sufrido el suicidio de sus padres; ha amado con un amor culpable, invencible y contenido, a su hermano, muerto también; se ha entregado a un hombre que, al hacerla mujer, ha servido de ocasión para que lograra un masoquismo que la avergüenza; después ha amado a otro hombre, asesinado por su culpa. Ninguna faceta de la miseria le ha sido ahorrada, ni siquiera el amor lesbiano. Ha sido juguete de oscuras leyes, "las leyes de la noche", y se ha encontrado frente al vacío. Entonces, a su turno, ha tentado el suicidio y se ha salvado milagrosamente.

Murena ha elegido el sexo desbocado (una de las facetas del mal, quizá la menos significativa), para ilustrar, un poco injertadas en sus personajes, esas operaciones del mal. Con tal salvedad (que es su defecto) no cabe duda de que ha planteado el problema del mal, y luego el de su razón, su origen. Al indagar en éste, el mal surge como el fruto de una caída, una claudicación. Mientras Elsa se reporta, logra sustraerse a la pendiente; cuando no puede más, el mal proyectado al exterior la arrastra pero, lo que es peor, le deja ver sus devastadores efectos. Viaja hacia el vacío, tiene impulsos de alud, se pone en trance de muerte. Y en el borde del vacío, encuentra que hay otro esperándola, alguien que aguarda en la encrucijada por donde debe pasar. Se la ha pedido lo imposible: "¿Qué se quería de ella? ¿Qué se quería de todos los vivientes? ¿Por qué se los convocaba a existir, a agitarse, si en torno a ellos estaba siempre la amenaza de un vacío que terminaría por poseerlos? ¿Por qué había seres, si había vacío? ¿Por qué el escándalo inútil y cruel de la vida? Si había vacío, ¿por qué no había únicamente vacío? ¿O era todo obra de un demonio de maldad inimaginable?"

En el instante de su caída, Elsa advierte que el vacío no es tal. Es como si todos sus temores se disiparan, porque una mano sostiene: "El miedo al fin la había forzado a saltar, a renunciar a sí misma, a confiar en el vacío. Y en el vacío no había hallado un demonio, sino una enorme mano invisible que la había recogido... Comprendía que mil veces se le había ofrecido esa posibilidad antes. La mano la había llamado para que se le entregase, para que confiara... Sólo al saltar había comprobado que el vacío no existía. Quien

en verdad lo quisiera, podía andar sobre él. Con amor inimaginable, el vacío no cesaba de llamar a todos los vivientes para que lo experimentasen, para que no temieran más. Elsa ha eludido las leyes de la noche, "un vínculo profundo y fraterno" se ha restablecido entre ella y el mundo. ¿A quién pertenece esa amorosa mano que Puebla el vacío y detiene en la caída? El imperio del mal se reencuentra en su último libro, historia de una juventud descreída por desencanto, masoquista y autodestructiva, carcomida por una morbosa vocación que lleva a pulverizar todo con las manos, porque los herederos han perdido la fe en la promesa. Ocho años separan a "Las leyes de la noche" de la más reciente novela de Murena.

Narrada en presente histórico, el protagonista Juan se muestra también como un hombre rebotante de preguntas: "Necesitaba soledad para interrogar a los señores de la vida y de la muerte... para hacer lo único a que atina cualquiera cuando lo golpea un dolor sin medida. Interrogar acaso no era la palabra adecuada, pues no formula pregunta alguna. ¿Un callar especial? Tampoco. Más bien un gemido, el largo gemido silencioso en que se transforma la víctima. La inquisición del hombre que se siente víctima es, quizá, el tema de este libro donde la autodestrucción tiñe todas las peripecias.

El amor de Juan por Clotilde es pleno de crueldad, de neurosis, de rechazos y reservas. Se siente defraudado, quizá por nada en especial, o por todo, y por eso teme entregarse: "El beso es una proximidad que aleja: es decepcionante, de algún modo". Recuerda a aquel Oliveira de Cortázar. Campeón de una empresa terrible, pero cubierta de una apariencia de ridículo, se llama irónicamente "El Caballero de la Fe".

No se resigna al mundo en que le toca vivir y donde todos se guían por el mapa que está inscripto en la puerta, hasta el extremo de no recordar el otro mapa verdadero, el que llevan dentro de sí. También tiene su complejo de Arcadia: "Llega de improviso una ráfaga de pena y cólera, se demora allí, se expande hasta los ojos. Diríase por algo que perdí para siempre o por algo que nunca tendré: suele pasarle a los hombres". Vislumbra en el amor la salida porque,

como él dice, cuando uno se enamora se entrega a otro y yergue un absoluto. Pero necesita humillar al amor, desvalorizarlo, hacer una oscura parodia con seres que no le interesan y envilecer antes sus ojos al ser que ama. Sólo así podrá seguir odiando a ese mundo que rechaza porque no quiere aceptar modificarlo. ¿Quién es el culpable? Todos: "Oiganme: de todo el mundo se puede probar que es culpable, creo que de nadie que es inocente". Pero esa culpa universal procede de ámbitos que no hemos elegido, porque la empresa en que estamos embarcados excede de nuestras fuerzas: "¿Acaso todo hombre no es un hombre en una situación extraordinaria? Sí: no decide el teatro, pero se lo hace responsable de su ficción".

Juan representa su comedia trágica. Recuérdese que ha sido deshauciado por una enfermedad incurable, que no es tal. Cuando sale de ese abismo, como Elsa, ya no será el destructor, ni el acusador. Toma con las dos manos lo poco que la vida le da. ¿Y a quién da más? Por fin adulto, puede pedir y tomar; no necesita exigir a gritos, ni hacer bandera de su odio. Despojado de la muerte a plazo fijo, percibe el sabor de la vida. También aquí una mano aparece para levantar a la criatura. No es el Dios que resultaba previsible entrever en "Las leyes de la noche": "He necesitado tanto andar en esta larga mañana, he necesitado la fuerza entera del día que se edificó en mí. Para ver, de súbito..." "He elegido. Marcho a buscar el alimento del que se adelanta a su derrota. Porque es necesaria. Tal vez no lo sea. Y tal vez sí. Pero yo la necesito. Sé que debo hacer lo que estoy haciendo. Todo debe cumplirse. Sería falso que siguiera huyendo. Apareció y dijo: Si quieres, sígueme. Y yo la oí..." Lo llama el amor, o tal vez la fuerza de la vida, que es otra cara del amor, su condición, o la ley de la luz. Por algo el día se ha edificado en él. En el extremo de ese camino está Clotilde, la posibilidad de amor que desdeñó o destruyó con sus manos de rebelde. Con ella se encontrará, o tratará de encontrarse. Juan, el que rechazaba todo, acepta y asume su oportunidad.

"Dios es amor", dice Juan, el otro. □

Federico Peltzer